

HOMENAJE

A todos los colombianos que han muerto
con ayuda de sus semejantes. Sin distinción
de raza, sexo, edad, credo, partido o fortuna

No pasa nada, callas, parpadeas
(silencio: cruzó un ángel este instante
grande como la vida de cien soles),
¿no pasa nada, sólo un parpadeo?

—y el festín, el destierro, el primer crimen,
la quijada del asno, el ruido opaco
y la mirada incrédula del muerto
al caer en el llano ceniciento,
Agamenón y su mugido inmenso
y el repetido grito de Casandra
más fuerte que los gritos de las olas,
Sócrates en cadenas (el sol nace,
morir es despertar: “Critón, un gallo
a Esculapio, ya sano de la vida”):
el chacal que diserta entre las ruinas
de Nínive, la sombra que vio Bruto
antes de la batalla, Moctezuma
en el lecho de espinas de su insomnio,
el viaje en la carreta hacia la muerte

—el viaje interminable más contado
 por Robespierre minuto tras minuto,
 la mandíbula rota entre las manos—,
 Churruca en su barrica como un trono
 escarlata, los pasos ya contados
 de Lincoln al salir hacia el teatro,
 el estertor de Trotsky y sus quejidos
 de jabalí, Madero y su mirada
 que nadie contestó: ¿por qué me matan?,
 los carajos, los ayes, los silencios
 del criminal, el santo, el pobre diablo,
 cementerios de frases y de anécdotas
 que los perros retóricos escarban,
 el delirio, el relincho, el ruido oscuro
 que hacemos al morir y ese jadeo
 de la vida que nace y el sonido
 de huesos machacados en la riña
 y la boca de espuma del profeta
 y su grito y el grito del verdugo
 y el grito de la víctima...
 son llamas
 los ojos y son llamas lo que miran,
 llama la oreja y el sonido llama,
 brasa los labios y tizón la lengua,
 el tacto y lo que toca, el pensamiento
 y lo pensado, llama el que lo piensa,
 todo se quema, el universo es llama,
 arde la misma nada que no es nada
 sino un pensar en llamas, al fin humo:
 no hay verdugo ni víctima...
 ¿y el grito
 en la tarde del viernes?, y el silencio
 que se cubre de signos, el silencio
 que dice sin decir, ¿no dice nada?,
 ¿no son nada los gritos de los hombres?,
 ¿no pasa nada cuando pasa el tiempo?

—no pasa nada, sólo un parpadeo
del sol, un movimiento apenas, nada,
no hay redención, no vuelve atrás el tiempo,
los muertos están fijos en su muerte
y no pueden morir de otra muerte,
intocables, clavados en su gesto,
desde su soledad, desde su muerte
sin remedio nos miran sin mirarnos,
su muerte ya es la estatua de su vida,
un siempre estar ya nada para siempre,
cada minuto es nada para siempre,
un rey fantasma rige tus latidos
y tu gesto final, tu dura máscara
labra sobre tu rostro cambiante:
el monumento somos de una vida
ajena y no vivida, apenas nuestra,

—¿la vida, cuándo fue de veras nuestra?,
¿cuándo somos de veras lo que somos?,
bien mirado no somos, nunca somos
a solas sino vértigo y vacío,
muecas en el espejo, horror y vómito,
nunca la vida es nuestra, es de los otros,
la vida no es de nadie, todos somos
la vida —pan de sol para los otros,
los otros todos que nosotros somos—,
soy otro cuando soy, los actos míos
son más míos si son también de todos,
para que pueda ser he de ser otro,
salir de mí, buscarme entre los otros,
los otros que no son si yo no existo,
los otros que me dan plena existencia,
no soy, no hay yo, siempre somos nosotros,
la vida es otra, siempre allá, más lejos,
fuera de ti, de mí, siempre horizonte,
vida que nos desvive y enajena,
que nos inventa un rostro y lo desgasta,
hambre de ser, oh muerte, pan de todos,